

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN DIMAS, EL BUEN LADRON.

Amen dico tibi: Hodie mecum eris in Paradiso.

En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraiso.

S. Luc. cap. XXIV, v. 43.

Ved aquí, señores, en las palabras que acabais de oír, el premio de la oracion fervorosa y verdadera. «Hoy serás conmigo en el Paraiso:» por mas que procuremos buscar en los sagrados libros otra promesa mas perentoria y magnífica, no la encontraremos ciertamente. ¿Pero á quién se dirigen estas consoladoras palabras de Jesucristo? ¿Acaso á alguno de aquellos discípulos que todo lo abandonaron por seguirle? No: se dirigen á un hombre conocido por la fama de sus crímenes, á un famoso ladron, que en el mismo acto de expiar sus delitos, se arrepiente de ellos, reconoce á Jesucristo por verdadero Dios, no obstante verle pendiente del árbol de la Cruz, y al tiempo mismo que resuenan en el Calvario los gritos y algazara de los que insultan al Salvador diciéndole: «Si eres rey de los judíos, sálvate á tí

mismo (1),» llora sus pecados y se acoge á su clemencia.

El Padre San Juan Crisóstomo, escribiendo sobre la conversion de San Dimas, se admira y arrebatase su espíritu al contemplar así la repentina mutacion de este hombre, como la extraordinaria liberalidad de Jesucristo, y esclama: «En verdad que Dios ha prometido la posesion de su reino á cuantos obren la justicia de su ley y acaben sus dias en su gracia, mas ninguno ha merecido tan solemne y pronta seguridad antes que este dichoso Ladron (2).» ¿Y la mereció? ¡Ah! Necesario es que nos valgamos en esta mañana de la Teología del Padre San Agustin para conocer el misterioso enlace de la gracia de nuestro Redentor, con la justicia de la correspondencia del hombre, necesaria para merecer la gloria. Oigamos, pues, á este Santo Doctor. Pendia de la cruz el autor de la vida colocado entre dos ladrones para su mayor ignominia, y cuando la impiedad judáica se gloriaba de haber prevalecido contra él viéndole morir como un criminal, uno de los ladrones llamado Dimas, fiel á las inspiraciones de la gracia, le reconoce por Hijo de Dios, le adora como á su rey, le reverencia como á su Padre, confiesa su inocencia delante de un pueblo furioso é ingrato, reprende á sus perseguidores, y doliéndose de haber concurrido á sus padecimientos, implora su bondad y misericordia diciendo: «Acuérdate de mí, Señor, cuando te hallares en tu reino.» ¡Qué alma tan grande! esclama el mismo San Agustin.

(1) Luc. cap. XXIII, v. 36 y 37.

(2) Hic autem perscrutans diligentius vetus testamentum, et novum nullum ante latronem invenies repromissionem paradisi meruisse, non Abraham, non Isaac, non Jacob, non Mosen me prophetas, nec Apostolos, sed ante omnes reperies latronem. D. Joan. Chrisost. Homil. II. De cruce et latrone.

El, cual otro Pablo, podría esperar el premio que ya se le debía de justicia, por su fiel correspondencia á la gracia, pero mereció mas que el Apóstol, pues que si no fué arrebatado por instantes al tercer cielo, mereció oír de los moribundos labios de Jesus la promesa mas singular: «Hoy serás conmigo en el Paraiso. La prontitud con que has correspondido á mi gracia, el dolor de haberme ofendido con que has quebrantado tu corazón, la humildad con que te has confesado delincuente, la caridad ardiente con que has defendido mi honra en los momentos de mi mayor tribulación, y la confianza con que has implorado mi clemencia, no permiten que yo difiera recompensar tus servicios; hoy, pues, serás mi compañero en la gloria: hoy, no obstante tus pasados extravíos y tus crímenes, entrarás en la mansion de la santidad y la justicia: *Hodie mecum eris in paradiso.*»

¿Puede presentarse, señores, una idea mas lisonjera para despertar en los hombres la viva esperanza de su salvacion? Creo que no, y aunque son muchos los medios de que podría valerme para probarlo, voy á reducir el presente discurso á dos observaciones, en las que con el ejemplo de tan afortunado Ladron, haré ver la necesidad de creer y amar á Jesucristo, para ser justos y merecer la gloria.

La fé de Dimas, ladron convertido, confunde á los incrédulos, porque no creen despues de tantos testimonios: *Primera parte.* Su heróica caridad contra los malos cristianos que no aman despues de tantos conocimientos: *Segunda parte.*

Nada podré hacer sin vuestro auxilio ¡oh Dios de las misericordias! Iluminad mi entendimiento con un rayo de aquella misma gracia que comunicastes á

Dimas para que os conociese, y será el único medio para que yo pueda desempeñar con acierto mi sagrado ministerio. Os lo ruego por los méritos é intercesion de la Santísima Virgen María, á la que en testimonio de nuestra devocion y afecto, saludamos con el Angel. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Aunque no fuesen tantos los testimonios con que está comprobada la necesidad de creer en Jesucristo para salvarse, la prodigiosa santificacion de Dimas, es suficiente para confundir á los incrédulos y alentar la esperanza de los pecadores. Dimas tan detestable en su vida, como laudable en su muerte, se habia avezado en todo género de maldades. Criado en la mas grosera ignorancia, sin freno en sus pasiones, y arrebatado de su carácter feroz, habia violado escandalosamente las leyes de la humanidad y la justicia, y burlándose del celo de las autoridades que le perseguian, ocúpase en robar, adquiriéndose por tan infames medios, lo que no queria adquirirse por la honradez, la laboriosidad y el trabajo. ¡Qué incomprendibles son los juicios de Dios! Criado Dimas para el cielo, jamás habia parado mientes en tan glorioso destino. Sin ninguna educacion en su juventud, precisamente las malas compañías habian corrompido su corazón, haciéndole vivir segun los deseos corrompidos de la carne, no formando otros planes que el de asaltar en los caminos allanando las casas y asesinando en todas partes, y de este modo vivia contento si no tranquilo, porque tranquilidad nunca se halla en el crimen y en la maldad.

Cuando mas orgulloso con la impunidad maquinaba tal vez nuevas empresas de inhumanidad, sucedióle lo que no puede menos de suceder al criminal por avisado que sea, por mucha precaucion que tenga: cayó en manos de la autoridad territorial, declaráronse sus crímenes, él no tiene cosa alguna que decir en su favor, y por uno de aquellos medios que solo están al alcance de la amorosa Providencia, es condenado juntamente con otro compañero suyo á sufrir la pena de muerte de cruz en el mismo dia, hora y sitio en que el dulcísimo Redentor Jesucristo consumaba en igual suplicio la grande obra de nuestra Redencion.

Si alguna vez fuese lícito al hombre gloriarse de sus delitos por los resultados felices que le producen, Dimas podia hacerlo en esta ocasion llamando felices á sus crímenes, por haberle conducido á la presencia del Sol divino de Justicia. Puesto este hombre en la cruz y á la mano derecha de aquella de que pendia el Cordero de Dios, comenzó á sentir en su corazon afecciones hasta entonces desconocidas, como dice San Efrén. Mira á Jesus pendiente del madero, escucha los desprecios con que los escribas, los fariseos, el pueblo y soldadesca desenfrenada le insultan y provocan, contempla su paciencia inalterable, compara su suerte con la suya, y queriendo saber la causa de esta oposicion, como dice San Buenaventura, oye una voz interior que le dice: «Ese hombre que ves á tu lado y en igual tormento, es tambien Dios; bajó del cielo á la tierra para romper la cadena de la esclavitud del pecado; para librar á la humanidad del poder del tartáreo príncipe que tenia aherrojadas las almas en una tiránica cautividad. El mismo se ofreció en redencion de todos los mortales, y puesto en esa cruz por

los que no han querido conocerle, está ofreciendo el sacrificio de sí mismo en satisfaccion de todos los pecados incluso los tuyos. ¿Quieres saber mas? Abre los ojos, estudia en ese libro abierto, copia en tu corazon sus caracteres y experimentarás la dulzura de su enseñanza.»

Cristianos; no es cavilacion mia, sino pensamiento del Padre San Ambrosio; supone este Santo Padre que Dimas fué prevenido desde aquel momento con todos aquellos conocimientos que disponen el corazon al recibimiento de la fé, sin la que segun la doctrina de San Pablo, ninguno puede salvarse, y así debia ser. Se disponia una conversion que por sus circunstancias debia ser la admiracion del cielo y de la tierra. Dios y el hombre debian concurrir á esta obra, superior á los esfuerzos de la naturaleza. Dios, iluminando y moviendo la voluntad, y el hombre escuchando y obedeciendo con prontitud y docilidad. En prueba de que Dios quiere la salvacion de todos los hombres, como dice el Apóstol, habia dado á Dimas las gracias con que podia dejar de ser ladron y asesino, mas este las habia resistido con la práctica constante de sus crímenes. En vano hubiera culpado á otro que á sí mismo de su desgracia si despreciando la ocasion que se le presentaba hubiera muerto en su pecado, y siempre confesará que mereció oír de la boca de Jesucristo moribundo «hoy estarás conmigo en el Paraiso,» porque despertando del sueño de la culpa y al ruido de los ejemplos de virtud que admiraba en Jesus crucificado, se trocó en otro hombre, despreció lo que habia sido, y comenzó á ser lo que debia.

En efecto, habia sido un ignorante y empezó á

ser un sábio ilustrado; habia desconocido las leyes de la humanidad y conoció las divinas: habia ignorado la naturaleza eterna de Dios que le crió, y le confesó humanado, pasible y mortal; se habia complacido en sus crímenes y ahora llora y siente, no los dolores que padece, sino los que ha ocasionado al Dios humano que muere por darle la vida, y finalmente confesando á Jesucristo por Juez de vivos y muertos implora su clemencia diciendo: «acordaos de mí cuando os halleis en vuestro reino.» ¡Oh fé admirable del ladron, esclama San Juan Crisóstomo, que puesto en la cruz, le hizo conseguir el reino de los cielos (1)! No sé, dice el Padre San Agustin, que pueda darse una fé superior á esta. Creyó Abraham, añade el Crisóstomo en otro lugar (2), creyó Isaac, creyó Moisés, y creyeron otros muchos justos, pero fué porque Dios les hablaba con las voces de sus prodigios y con la presencia visible de los ángeles; mas Dimas cree en Jesucristo, al verle no sentado sobre su trono de gloria, no hablando del cielo, no viéndole rodeado de ángeles, sino entre penas y tormentos, y le adora como en la gloria: le ve en la cruz y le dirige sus súplicas como si le viese en su trono en la gloria. Tiene, en suma, por infalible que ha de reinar en el Empíreo el que ve morir como criminal en la cruz. ¿Puede darse un testimonio mas auténtico de la divinidad de Jesucristo?

Los príncipes y sacerdotes de la Sinagoga, los rabinos, los escribas y fariseos, que tanta ostentacion hacian de saber las Escrituras, conversaban con él y

(1) O latronis admiranda fides, et in cruce positus vim fecit, et intravit regna caelorum. Hom. II in Psalmum L.

(2) Homil. II de cruce et latrone.

no le conocian, le admiran sus milagros, y sin embargo le condenan á muerte de cruz. Los discípulos, que habian sido testigos de los prodigios con que comprobaba su divinidad, huyen y le abandonan en la tribulacion. Uno le vende y le entrega á sus enemigos, otro jura que no le conoce y todos se esconden y enmudecen. Muere en la cruz, resucita como lo habia dicho, sube al cielo manifestando con todo esto que es Hijo de Dios y vino al mundo á obrar la Redencion. Sin embargo, ¡cuántos que llevan el nombre de cristianos desprecian sus promesas, se burlan de su poder y le desprecian! ¡Qué confusion! Un ladron, un hombre grosero y sin principios, un hombre que no ve á Jesus disputando en el templo con los doctores, ni trasfigurado en el Tabor, ni mandando á los vientos, á las enfermedades y á la muerte, sino crucificado, blasfemado de los suyos, le cree, le confiesa, y publica por Rey de los Cielos, por Hijo de Dios, por Salvador y Redentor del mundo. ¡Qué es esto señores! Se levantan los ignorantes y arrebatan el reino de los Cielos, y los que andaban en tinieblas ven la luz. ¡Qué confusion para los incrédulos, que tanto abundan por desgracia en nuestros dias!

Avergüéncense cuantos no creen á Jesucristo como á su Dios verdadero, y aprendan de un ladron convertido á enriquecerse de verdaderos conocimientos. Aquí aprendió Dimas á conocer sus verdaderos intereses, á detestar sus yerros y á amar la verdad. Aquí preparó su corazon para recibir el don de la fé y aquí comenzaron á encenderse las llamas de la caridad con que amó á su Dios.

SEGUNDA PARTE.

Muy poco hubiera servido á Dimas haber creído en Jesucristo y confesado su Divinidad, si no hubiera acreditado que su corazón ardía en el fuego de la caridad, que purifica los pecados, santifica y hace digno de la gloria. Creyó Dimas contra lo que veían sus ojos, dice San Gerónimo, y rindiendo su entendimiento, consagró en honor de su Dios los tormentos y muerte que padeció como criminal. Dimas subió al patíbulo hecho enemigo de Dios y de repente se hizo confesor de Jesucristo y compañero de los Santos, dice San Leon. Oye Dimas los insultos que hacen á su adorado Dios y Rey, y ansioso de ahogar las blasfemias en la boca de los que las profieren, se constituye defensor de su inocencia, y el primer predicador, como dice el Padre San Agustín, que haciendo cátedra del lugar del suplicio, anuncia á todo el mundo la Divinidad de Jesucristo: acrimina la impiedad y ódio de los Príncipes y Sacerdotes, los acusa de injustos y en público testimonio de esta verdad los reprende, dice San Gerónimo, hablando con su compañero de este modo: «Malo es que ese pueblo ingrato blasfeme é insulte sin temor á su Dios; vino á enseñarles verdades amargas, pero indispensables para su bien temporal y eterno, no lo quiso conocer y sin probarle ningun delito le ha condenado á muerte como criminal; ¿pero tú, qué has observado en él para insultarle? Hallándote en igual tormento, ¿tienes valor para aumentar las amarguras del que agoniza en nuestra compañía? Mira ese rostro peregrino, considera su inalterable paciencia, reflexiona un momento en las palabras con que pide al Eterno Padre perdo-

ne á sus enemigos, y si no te es dado conocerle, amarle y temerle como á Hijo de Dios, compadécele al menos como á hombre inocente pues ningun mal ha hecho ni á tí ni á sus perseguidores. Veo que absolutamente temes á Dios. Nosotros en verdad por nuestra culpa recibimos lo que merecen nuestras obras, mas este ningun mal ha hecho. Amale pues y ruégale use contigo de misericordia como yo lo hago (1).» Se enardece Dimas, y lleno de fé y amor dice estas palabras: «Dios mio, Rey de los Cielos y tierra, acordaos de mí, no ahora para librarne de las penas y muerte que tengo merecidas, sino para que yo sea tu compañero en el Cielo.» Fé extraordinaria, amor ó caridad heroica que le mereció oír de los labios del Salvador estas consoladoras palabras: «Hoy mismo serás conmigo en el Paraiso (2).»

Señores: si Dimas hubiese ocupado toda su vida en estudiar la ciencia de la caridad en la escuela de Jesucristo, ¿hubiese salido discípulo mas consumado? El ha sufrido por amor á su Dios gustosísimo los tormentos, los desprecios y aun la muerte, y por esto no estraño que haya sido el primero á quien Jesucristo aseguró la posesion del Paraiso; que en el dia mis-

(1) Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es. Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus hic vero nihil mali gessit. Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso. San Luc. c. XXIII, v. 40, 41, 42 y 43.

(2) Desde el momento mismo en que espiró el Salvador todos los justos de todos los siglos estuvieron en su compañía gozando delicias extraordinarias en el limbo, esto es en el Paraiso, porque en el Cielo, que es el verdadero Paraiso, no pudo entrar santo alguno, hasta que el dia de la Ascension fué elevada la sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. El Salvador, pues, ofrece á Dimas que en el mismo dia estará con él en el Paraiso; porque sirviéndose de las espresiones de los judíos llama Paraiso á la mansion de los Bienaventurados. P. Scio. Esposicion al v. 43 del cap. 23 de San Lucas.

mo de su triunfo le haya llevado en su compañía á la gloria, ni que los Santos Padres le hayan honrado con el título de mártir. Su caridad fué tan grande, dice San Gerónimo, que trocó la pena de homicidio en palma de martirio. Subió al patíbulo como ladron, dice San Buenaventura, y murió como predicador. Vivió robando los bienes de la tierra, esclama San Ambrosio, y murió arrebatando los tesoros del cielo. Verdaderamente es digno de nuestras alabanzas. Una hora de estudio en el libro de la vida fué bastante á trocarle de ignorante en sábio, de pecador en justo, de ladron en Apóstol, de asesino en mártir, de infame en bienaventurado., de salteador de caminos en morador del cielo. Grande fué la eficacia de la gracia con que el Señor le movió á que le reconociese y confesase por su Dios y Señor. El correspondió con fidelidad al beneficio de la vocacion, confesó á su Dios hecho hombre por nuestro amor, detestó sus crímenes, no se quejó del castigo merecido, se compadeció de Jesucristo, defendió su inocencia, adoró su divinidad, imploró su clemencia, y probó que así como sin la fé es imposible agradar á Dios, tampoco sin este don se puede alcanzar la caridad y demas virtudes que borran los pecados y se adquieren los derechos de la vida eterna. Todo lo habeis visto y admirado en mi pobre y mal trazado discurso.

¿Pero podremos lisonjearnos de imitarle en algo? Hemos sido mas afortunados que Dimas, pues santificados desde el principio de nuestros dias y alimentados con la leche de la divina doctrina, no hemos conocido la incredulidad sino para detestarla en los ministros del error, á quienes ha confundido con su fé ese héroe extraordinario de la religion. ¿Mas á dónde

están las obras de la caridad? Ay, señores, en el día de la resurreccion general se levantará Dimas en juicio contra nosotros y condenará con su conducta á los que gloriándose del nombre de cristianos, viven entregados á los vicios. Despues de tantas pruebas de la divinidad de Jesucristo, y de su mision para obrar la redencion tan á costa suya, ni le aman ni le temen, desprecian sus promesas y se burlan de sus amenazas. Tales son esos regeneradores que esclavos de las mas viles pasiones se avergüenzan de los actos de la religion, cultivan amistades escandalosas, adoran ídolos de carne y niegan á Dios el honor y la gloria que le es debida en los cielos y en la tierra. Mas criminales que Dimas, cuanto mas ilustrados, andan por caminos torcidos. ¿Qué pueden prometerse en la muerte? No permita Dios que sean prevenidos de esta, hasta que entrando en razon, conozcan sus deberes para con el Redentor, se arrepientan de sus delitos, los borren con la contricion, y se hagan dignos por la práctica de la caridad de la recompensa que recibió Dimas, que fué la posesion de la Bienaventuranza.

Glorioso Dimas, recibe estos cultos que con el mayor regocijo te vienen tributando anualmente estos tus devotos, y segun sus deseos, líbrales de todo peligro y particularmente de caer en manos de ladrones á que tan espuestos se hallan por tener que atravesar con tanta frecuencia los caminos, pero principalmente alcánzanos á todos la divina gracia á fin de que practicando con una fé viva y eficaz las obras de la caridad cristiana, merezcamos cuando llegue el trance de nuestra muerte oir de los lábios del Salvador la misma promesa que oistes de sus moribundos lábios: *Hodie mecum eris in paradiso. Amen.*